

**“VERA ES LETRA, VERA ES
PROSA, VERA ES POESÍA”**

I Certamen Literario

VERA 2024



**Cuentos de Navidad
Relatos Breves
Poesía**

Categorías

Primaria

Juvenil

Adultos



Certamen Literaria

"VERA ES LETRA, VERA ES PROSA Y VERA ES POESÍA"



GÉNEROS LITERARIOS

"Cuentos de navidad " último día de entrega (9 enero)

"Relatos breves " último día de entrega (23 abril)

"Poesía" último día de entrega (21 junio)

CATEGORÍAS

- 6 a 12 años
- 13 a 18 años
- Mayores de 18 años

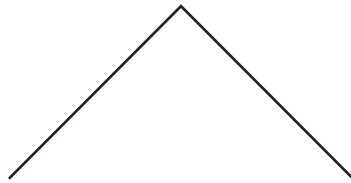
En todas las categorías, se otorgarán los siguientes premios en vales canjeables en el comercio local: 1º premio (100€), 2º premio (75€) y 3º premio (50€)."

MÁS INFORMACIÓN CONSULTAR LAS BASES ADJUNTAS EN VERA.ES

Producción editorial:



Tel.: 902 271 902
Editorial MIC www.editorialmic.com



**Cuentos de Navidad,
Relatos breves y Poesías
Primaria, Juvenil y Adultos**

Premiadas en el I Certamen Literario
“Vera es letra, Vera es prosa, Vera es poesía”

Vera 2024

ÍNDICE

CUENTOS DE NAVIDAD

CATEGORÍA PRIMARIA

“LOS TRES REYES MAJOS”

Iván Gallego López. Pseudónimo: Gatimiau

Primer Premio. Categoría Cuento de Navidad. Primaria.

C.P. Cuatro Caños. Vera (Almería).....17

“EL DÍA QUE PAPÁ NOEL NO LLEGÓ A VERA”

Frank Steven Arévalo Quintuña

Segundo Premio. Categoría Cuento de Navidad. Primaria.

C.P. Ángel de Haro. Vera (Almería).....21

“EL ROBO DE LOS REGALOS DE NAVIDAD”

Lionel Pérez Ibáñez

Tercer Premio. Categoría Cuento de Navidad. Primaria.

C.P. Reyes Católicos. Vera (Almería).....23

CATEGORÍA JUVENIL

“ILUSIÓN EN LOS OJOS”

Marta Adriana Cordon. Pseudónimo: La chica de los girasoles

Primer Premio. Categoría Cuento de Navidad. Juvenil.

I.E.S. Alyanub. Vera (Almería).....25

CATEGORÍA ADULTOS

“RUDOLF Y NICOLÁS”

Yana Fenko Fenko.

Primer Premio. Categoría Cuento de Navidad. Adultos27

“LA NAVIDAD QUE ILUMINÓ VERA”

Jorge Rubio Familiar.

Segundo premio. Categoría Cuento de Navidad. Adultos.....31

RELATOS BREVES

CATEGORÍA PRIMARIA

“LOS SUPERHÉROES DE LA RAMBLA”

Damián Flores Pérez. Pseudónimo: El Damas

Primer Premio. Categoría Relato breve. Primaria.

Colegio Valdeserra. Vera (Almería)35

“EL SEÑOR DE LAS SOMBRAS”

María Ibáñez Masegosa.

Segundo Premio. Categoría Relato breve. Primaria.

C.P. Reyes Católicos. Vera (Almería).....37

“EL MAGO TALABARDO”

Álvaro Garrido Soler. Pseudónimo: GARRI

Tercer Premio. Categoría Relato breve. Primaria.

Colegio Valdeserra. Vera (Almería)39

CATEGORÍA JUVENIL

“LOS SUEÑOS DE VERA”

Carlos Lainez Núñez.

Primer Premio. Categoría Relato breve. Juvenil.

I.E.S. Alyanub Vera (Almería).....43

“TODO LO QUE LE CONTAMOS A LAS ESTRELLAS”

Laura Estela Herrera Guaita.

Segundo Premio. Categoría Relato breve. Juvenil.

I.E.S. Alyanub. Vera (Almería).....49

“SUSPIROS AL ATARDECER”

Claudia Fernández Rodríguez.

Tercer Premio. Categoría Relato breve. Juvenil.

I.E.S. El Palmeral. Vera (Almería)51

CATEGORÍA ADULTOS

“MARÍA Y EL VERANO ETERNO”

María del Mar Navarrete Fernández. Pseudónimo: Azulete

Primer Premio. Categoría Relato breve. Adultos55

“APERITIVO EN EL PLAYAZO”

Pedro Lorite Alcarria. Pseudónimo: PPUNTO

Segundo Premio. Categoría Relato breve. Adultos.....57

“SOLSTICIO DE VERANO”

Juan Antonio Moya Moya. Pseudónimo: Patri Barea

Tercer Premio. Categoría Relato breve. Adultos61

POESÍA

CATEGORÍA ADULTOS

“PATRIA”

Andrés Soler Martínez. Seudónimo: asolmar

Primer Premio. Categoría Poesía. Adultos67

“DUALIDAD”

Isabel Navarrete Sánchez. Seudónimo: Bipolar

Segundo Premio. Categoría Poesía. Adultos.....69

**CUENTOS
DE NAVIDAD**

PRIMER PREMIO PRIMARIA

“LOS TRES REYES MAJOS”

Iván Gallego López. Pseudónimo: Gatimiau
C.E.I.P. Cuatro Caños. Vera (Almería)

Hace muchos años en un pueblo de la costa de Almería llamado Vera vivían tres jóvenes muy amigos. Lo hacían casi todo juntos: iban al parque, jugaban a fútbol en la Plaza Mayor, hacían trabajos y se ayudaban entre ellos... estaban en la misma clase, pero un día en el Palmeral se pelearon y decidieron no juntarse más. Desde ese día solo hacían una cosa en sus casas.

El mayor es Mechón, su padre tenía una granja con un montón de camellos al lado del cerro del Espíritu Santo y se dedicaba a cuidarlos. El mediano se llama Gastar y le encantaba hacer magia. El más pequeño, Maltasar, le gustaban mucho los regalos. Todos tenían una cosa en común y es que le gustaba hacer feliz a la gente. Los padres de cada uno vieron que solo hacían eso y les llamaban “Los Enemigos Majos”.

Estaban a 23 de diciembre, ya habían acabado el colegio y por primera vez iba a caer una nevada en Vera. Ya era casi Navidad, pero había un problema y es que ¡en Vera no se celebra la Navidad! Ese día llegaron tres forasteros andando y parecían muy cansados, venían de beber agua de la Fuente de los Cuatro Caños y pasaron por la granja del padre de Mechón. Los forasteros pidieron al padre de Mechón algo de comida y un sitio donde poder descansar. Los tres forasteros le dijeron a Mechón que eran unos Reyes y tenían que ir a un pueblo llamado Belén que estaba muy lejos, a llevar unos regalos a un bebé muy importante. También le dijeron que Vera era el único pueblo del mundo que no celebraba la Navidad, le pidieron que salvara al pueblo antes del 25 de diciembre para que se celebrara esta fiesta tan bonita y le explicaron qué se hace en esta fiesta. Unas horas más tarde los Reyes se iban a ir andando, pero al padre de Mechón le dio pena que se fueran a pie porque iba a nevar y les prestó unos camellos. El día ya se había pasado y era la hora de dormir.

Esa noche Mechón no pudo dormir, se tiró toda la noche pensando en lo que dijeron los Reyes. Estaba dispuesto a hacer la misión que le habían pedido los Reyes, pero pensó que solo no lo podía hacer y de repente se acordó de sus amigos Gastar y Maltasar. No quería hacer el trabajo con ellos porque se habían enfadado, pero sí quería salvar a Vera para que celebrara la Navidad, por lo que no tenía otra opción. Él sabía que a ellos le

gustaba ayudar a la gente. Era 24 de diciembre por la mañana, si no pensaba algo rápido para salvar la Navidad tendría que esperar otro año más para volver a hacer su misión. Mechón le pidió a su madre que si se podía juntar con sus amigos y le dijo que tenía que contarles un secreto.

Los amigos se reunieron en la casa de Gastar que era el Ayuntamiento de Vera porque su padre era el alcalde y era muy rico. Cuando se juntaron en una habitación los dos miraron a Mechón con cara de desconfianza. Mechón les contó todo lo que le dijeron los Reyes y que tenía que hacerlo antes de que sea Navidad. Cuando terminó de contar todo, Gastar y Maltasar se rieron mucho, no se creían nada y tampoco que se hiciera todo en un día. Mechón les suplicó a los dos que le ayudara y que si podían volver a ser amigos. Al final aceptaron su propuesta y pensaron que ojalá funcione todo lo que dijeron los Reyes. Mechón no estaba seguro de que funcionara, pero tenía una idea.

Lo primero que hicieron fue pensar un nombre para el grupo para que los habitantes de Vera no supieran quienes eran y a Maltasar se le ocurrió uno: los Reyes Majos y también pensaron un nombre para cada uno: en vez de Mechón, Melchor; en vez de Gastar, Gaspar; y en vez de Maltasar, Baltasar y todos lo aceptaron. Poco después Mechón contó su idea para salvar la Navidad: su idea era dar a todas las personas de Vera algunas de las cosas que tenían y no usaban. Al principio no les gustó la idea, pero como todos tenían cosas que no usaban decidieron juntarlas para dárselas a los demás. Ahora llegaba la parte más difícil: cómo hacer que la gente celebre la Navidad. Como a cada uno le gustaba hacer una cosa en concreto, decidieron repartir regalos en camellos utilizando la magia.

Ya era de noche y los padres de Mechón y Maltasar fueron a recogerlos pero los niños les pidieron a sus padres que si podían quedarse a dormir con Gastar. Sus padres se lo pensaron y al final dijeron que sí.

Cogieron las cosas que habían reunido y las envolvieron en papel de regalo. Escribieron cartas para todas las personas donde decían qué eran los Reyes Majos y tenían que celebrar una fiesta llamada Navidad, le explicaron qué se hacía y que los regalos no eran lo más importante sino disfrutar con la familia. Las cartas las pegaron con celo en el envoltorio. Ya era la hora de repartir los regalos. Se escaparon por la ventana de la habitación, fueron a la granja de Mechón a por tres camellos y Gastar hizo un truco de magia para que los regalos volaran y traspasaran las paredes de las casas para dejar los regalos en el salón. Un rato después empezó a nevar. Los amigos estaban muy felices, pero a la vez cansados y se acostaron.

Cuentos de Navidad

Al día siguiente cayó una nevada increíble, todos estaban muy contentos, jugaban con la nieve, comieron en familia, hicieron todo lo que ponía en la nota... Al levantarse, vaya sorpresa se pegaron los niños, ¡aparecieron los Reyes que volvían de Belén! Les agradecieron mucho a los tres amigos todo lo que habían hecho. Los amigos estaban orgullosos de ellos, igual que los Reyes que ya habían llegado a Belén y le habían dado los regalos al bebé.

Al final estos amigos se convirtieron en los Reyes Majos, siempre se ha pasado a los hijos este trabajo tan importante hasta el día de hoy, como es celebrar la magia de la Navidad.

Gatimiau

SEGUNDO PREMIO PRIMARIA

“EL DÍA QUE PAPÁ NOEL NO LLEGÓ A VERA”

Frank Steven Arévalo Quintuña

C.E.I.P. Ángel de Haro. Vera (Almería)

Érase una vez en un pueblo llamado Vera, el día 23 de diciembre todas las personas de Vera estaban comprando las cosas para el día 24 y 25 de diciembre, es decir, Nochebuena y Navidad todos los niños estaban ansiosos porque llegara Navidad, ya habían escrito las cartas de Papá Noel y se pusieron felices cuando se los llevó, al llegar la noche los niños se durmieron a las 21:30 PM.

Al siguiente día en la mañana a la familia Arévalo estaba ilusionadísima porque llegara mañana, los hijos estaban cantando canciones de Navidad y los padres cocinando en el horno, pavo con patatas. Cuando la comida estuvo lista todos se fueron a la mesa, todos tenían su plato de comida y dijeron ¡Buen provecho! Todos estaban comiendo, cuando todos terminaron la comida se sentaron en el salón a ver una película de Navidad.

Llegó la noche eran las 20:45 y la mamá dijo:

—A dormir todo el mundo, que, sino dormís, Papá Noel no puede dejar los regalos.

Y los hijos dijeron:

—Vale, nos iremos a dormir.

Todos se fueron a dormir y en la noche no ocurrió nada.

Cuando amaneció los niños se despertaron rápido, contentos y cuando bajaron al árbol les cambió la casa, dijeron:

—¿Y los regalos?

La mamá dijo:

—¿Qué raro seguro que hay?

El papá dijo:

—Tiene que haber algo ahí, mirad bien.

A lo que le responden:

—No hay nada. Después de un rato pusieron las noticias en la Televisión y dijeron en la Tele que Papá Noel no había traído ningún regalo a ningún niño de Vera.

Todos se preguntaban qué le habría pasado a Papá Noel. De repente, un hombre mega rico miró las noticias, era buena persona y decidió actuar, compró un montón de regalos y al llegar la noche, al dormir todos, tocó a las puertas de las casas y salieron los padres y les dió muchos regalos para sus hijos e hijas. Todos le decían ¡gracias! hasta que al amanecer todos los niños de Vera se despertaron Felices y alegres.

TERCER PREMIO PRIMARIA

“EL ROBO DE LOS REGALOS DE NAVIDAD”

Lionel Pérez Ibáñez

C.E.I.P. Reyes Católicos. Vera (Almería)

Esto que te cuento sucedió en un lugar tan lejano y hace tanto tiempo, que casi ni me acuerdo. Era una noche tranquila en Vera, 15 días antes de Navidad, un niño llamado Luis, siempre había soñado en robar los regalos que fabricaban los elfos de Papá Noel.

Tres días antes de Nochebuena, un elfo llamado Pablo, erróneamente, él mismo, se metió dentro de un regalo y se fue volando, estuvo en el aire 1 hora y, mientras Luis hacía sus deberes del cole, entró por su ventana. Luis se asustó y rápidamente llamó a su madre, ella fue, lo abrieron y, el elfo Pablo, les pegó un tremendo susto. Pablo dijo:

—Tranquilos, os lo puedo explicar, fue un fallo técnico en la fábrica, esa es la causa por la que estoy aquí.

Posteriormente, Luis le preguntó:

—¿Puedo ir a la fábrica contigo?

El Elfo le dijo que no, el elfo abrió el regalo para volver con Papá Noel y Luis fue astuto, y se metió él.

Al cabo de una hora llegaría al Polo Norte donde pasaría la noche quedando 1 día para Navidad. A la mañana siguiente, Luis salió del regalo y cogió todos los juguetes que pudo y volvió a casa para cenar. Cenó con su familia y se acostó para que trajeran más regalos.

Cuando amaneció, no le trajeron ningún regalo y se llevaron los que había robado. En ese momento, Luis comprendió que no había que ser tan avaricioso. Al año siguiente Luis no pidió nada, le trajeron muchos regalos y acabó siendo muy feliz.

PRIMER PREMIO JUVENIL

“ILUSIÓN EN LOS OJOS”

Marta Adriana Cordón. Pseudónimo: La chica de los girasoles
I.E.S. Alyanub. Vera (Almería)

Solo hace falta mirarlos a los ojos a todos ellos para ver lo felices que son, voy pensando mientras me preparo. No hay nada más que me haga más feliz todos los años que estos momentos, ver las carrozas aquí aparcadas en el Reyes Católicos a minutos de salir a las calles.

Me ayudan a colocarme bien mi traje y a subir a mi puesto; estoy contento, cada año nos intentamos superar más y este año creo que lo hemos logrado; veo a los niños disfrazados corriendo de un lado a otro antes de que los organicen, oigo sus risas y su ilusión porque cuando acabe la cabalgata puedan llevarse unas cuantas chuches a sus casas, veo a otros cuantos escondiéndose algunas en los trajes para que así luego se las puedan comer por el camino y eso me hace reír.

Escucho a los organizadores dándonos ya la salida, y aquí comienza el camino a ver todos esos niños con ilusión en los ojos, por ver a los tres Reyes magos, por ver a los padres con sonrisas porque están felices por ver tan ilusionados a sus pequeños que esa misma mañana estaban escribiendo sus cartas. Bien tengo sabido que las llevan en el bolsillo para después hacernos entrega de ellas y con deseos de que podamos regalarles lo que piden. La música comienza a sonar y nos empezamos a movilizar, después de tantos años los nervios han desaparecido, solo queda una felicidad absoluta por hacer felices a esos chicos y chicas que con tanta ansia han esperado estas fechas.

Anuncian nuestra llegada, los niños saludan y gritan nuestros nombres, algunos bailan y otros tantos juegan, y es ahí cuando lo veo, la ilusión, lo que tanto me gusta ver cada año, está ahí y persiste hasta altas edades, podrán decir que soy muy modesto, pero puedo conformarme solo con esto, con hacer felices a los que me rodean, con hacerlos felices a ellos. Y también quiero hacerte feliz a ti querido lector puede que yo no sea un Rey mago de verdad y solo sea uno de sus enviados para promover sus palabras y sueños, pero con un poco de imaginación y un poco de ilusión, podemos llegar a donde queramos, pues la Navidad y elegir creer se encuentra dentro de nosotros mismos.

La chica de los girasoles

PRIMER PREMIO ADULTO

“RUDOLF Y NICOLÁS”

Yana Fenko Fenko.

Había una vez en un cálido diciembre en Vera, junto al centro una casita de madera vivía el pequeño Nicolás esperaba ansioso la llegada de la Navidad. Nicolás vivía en una casa acogedora con su abuela, ya que sus padres trabajaban lejos y no podrían llegar a tiempo para las festividades. A pesar de la distancia, Nicolás mantenía la esperanza de tener una Navidad mágica junto a ellos.

La víspera de Navidad, Nicolás ayudó a su abuela a decorar el árbol con luces brillantes y adornos despanpanantes. Mientras colocaban los calcetines rojos de Papá Noel en la chimenea, Nicolás expresó su deseo más profundo: “Abuela, desearía que mis padres pudieran estar aquí para celebrar la Navidad con nosotros”.

La abuela sonrió cariñosamente y le recordó a Nicolás que la magia de la Navidad a menudo trabaja de maneras inesperadas. Esa noche, antes de dormir, Nicolás dejó una nota junto a la cama: “Querido Papá Noel, mi deseo es simple: que mis padres puedan estar aquí para Navidad. Gracias, Nicolás”.

Mientras Nicolás soñaba con regalos y risas, algo mágico estaba sucediendo. En el Polo Norte, los elfos de Santa Claus se dieron cuenta de la carta de Nicolás y decidieron hacer todo lo posible para cumplir su deseo.

En la fábrica los elfos trabajaban todo el año para prepararse para este gran día como sería la Navidad, pensando en cada niño para alegrar su navidad. Ellos se encargaban de vigilar cómo se portaban los niños, de envolver los regalos, buscar el regalo idóneo para cada niño.

No siempre eran regalos materiales, a veces eran deseos, como amor, salud, una pérdida, un reencuentro como era el deseo de Nicolás. Siempre esperamos algo debajo del árbol, pero cuando creces o careces de algo a diario es lo que está a nuestro alrededor, amigos, familia, animales...

En la noche de Nochebuena, Nicolás se despertó desorientado en la noche y escuchó un ruido muy fuerte en la Ermita de la Virgen de las Angustias que se encontraba enfrente

de su casa. Se puso los zapatos y con su pijama de cuadros azules se dispuso a salir de su casa sigilosamente para no despertar a su abuela ya que era muy tarde, Nicolás salió encontrándose con la sorpresa de que no encontró a nadie en la calle, entró en la ermita y dio un brinco del susto al ver a Rudolf el reno atascado con la campana.

Nicolás enseguida se puso manos a la obra para poder ayudar al reno, cogió la campana y comenzó a zarandear para poder sacarlo y después de mucho empeño, consiguió liberarlo. Nicolás acogió a Rudolf e intentó guiarlo hacia su casa para poder darle de comer y poder abrigarlo.

Y a la mañana siguiente poder ayudar a encontrar su casa, Rudolf esa noche se recostó en el sofá junto a la chimenea y al sofá donde se durmió Nicolás para que no pasará miedo.

Al despertarse la abuela se llevó un gran susto al encontrarse al reno en el salón.

- Nicolás, ¿cómo como se te ocurre meter a este animal que es capaz de destrozar todo?
- No abuela lo llevare hoy a su casa, se ha portado muy bien durante toda la noche además ayer lo salve de caerse de la campana de la ermita
- ¡¡¡Como se te ocurre subir tan alto hijo!!!
- Abuela me dispongo a llevar a mi nuevo amigo a su hogar, necesitare unas mazorcas para él y sus amiguitos.
- Hijo no deberías él sabrá llegar solo.

Nicolás no hizo caso a su abuela, se preparó con provisiones y se decidió por llevar al reno. Sin muy bien saber el destino adonde llegaría. Le preguntó al reno a dónde lo dirige, ya que andaban sin rumbo. El reno no contestó y cuando se alejaron del pueblo, ya cerca de las afueras de Vera donde no había nadie cerca, el reno hizo un amago de subirlo a su lomo y, rápidamente, este comenzó a subir, a subir y a subir... ¡y comenzó a volar!

—Rudolf, ¡ESTÁS VOLANDO! ¿A dónde nos dirigimos? Tengo que pasar la Navidad con la abuela.

Rudolf sobrevolaba las nubes mientras Nicolás disfrutaba del trayecto. No sabía adonde el reno le podría estar llevando. Después de muchas horas de vuelo llegaron a su destino, el Polo Norte.

Nicolás no se lo esperaba para nada, Rudolf no era un reno cualquiera, sino que trabajaba ¡para el mismo Papá Noel! Sorprendido por lo sucedido se bajó del reno y

comenzó a jugar con la nieve que nunca había visto antes ya que en Vera hace mucho calor todo el año.

En la nieve se reflejaban todas las luces colgadas en la fábrica de Papá Noel, llena de brillantes colores, mucho papel de envolver, bastones de caramelos y junto a ellos el establo de los encargados de llevar el trineo durante la Nochebuena, los renos.

Mientras Nicolás jugaba, alguien se acercó sigilosamente, Papá Noel, estaba sorprendido de que hubiera un niño en su fábrica.

—Querido Nicolás, ¿cómo has llegado hasta aquí, tan lejos de casa?

—¡PAPÁ NOEL! Eres real igual que el Papá Noel que hubo en la plaza de toros de Vera, mi abuela me llevó a echar la carta, pero yo no le creí, sabía que no era el verdadero Santa.

—Ahí pequeño deberías estar pasando esta noche con tu familia.

—Santa en mi carta ponía algo así, me gustaría que mamá y papá pasaran la Navidad en casa, su vuelo se ha cancelado por una ventisca de hielo.

—Todo es posible en Navidad, solo debes tener fe, has sido un niño muy bueno este año y no deberías preocuparte por tus deseos. Dicho esto, toca llevarte a tu casa que tu abuela, estará muy preocupada.

Santa sacó a sus renos y su trineo, recogió todos los regalos en su bolsa mágica, y Nicolás solo esperaba que sus padres estuvieran en esa bolsa enorme.

Después de sobrevolar la noche sobre los cielos de Vera y llegar sano y salvo junto a su abuela y tener a sus padres juntos en casa esperándolo, tras la marcha de Santa. Nicolás aprendió a valorar los pequeños detalles como es la familia.

Y así, en ese pequeño pueblo llamado Vera, la Navidad se convirtió en un recordatorio de la importancia de los deseos sinceros, la esperanza y el amor que une a las familias, incluso cuando la distancia parece grande. Nicolás y su familia celebraron una Navidad que siempre recordarán como la más mágica de todas.

SEGUNDO PREMIO ADULTO

“LA NAVIDAD QUE ILUMINÓ VERA”

Jorge Rubio Familiar

Había una vez, en el pintoresco pueblo de Vera, ubicado en la hermosa provincia de Almería, una víspera de Navidad llena de magia y alegría. El bullicio de la plaza principal resonaba con risas, luces brillantes y la anticipación de la llegada de la temporada festiva.

En este encantador rincón de España, vivía una niña llamada Elena, cuya familia regentaba una pequeña tienda en la calle principal. A pesar de ser un año difícil, con los desafíos que enfrentaban todos en la comunidad, Elena no perdía su espíritu navideño. Le encantaba decorar la tienda con luces centelleantes, guirnaldas y adornos hechos a mano. Pero este año, algo especial estaba por suceder.

Una tarde, mientras Elena terminaba de colocar los últimos detalles en la ventana de la tienda, un anciano de aspecto amable se acercó. Vestía un abrigo gastado y llevaba consigo una bolsa de yute repleta de juguetes artesanales. Su nombre era Don Manuel, un artesano local que, año tras año, dedicaba su tiempo a crear juguetes para los niños del pueblo.

“Don Manuel, tus juguetes son increíbles”, exclamó Elena con admiración. El anciano sonrió y le entregó un pequeño tren de madera. “Para ti, querida Elena. La Navidad es tiempo de compartir y alegría. Estos juguetes son para todos los niños de Vera”.

Elena agradeció con lágrimas en los ojos y abrazó al amable anciano. Juntos, decidieron organizar una pequeña feria en la plaza para regalar los juguetes a los niños menos afortunados del pueblo.

La noticia se difundió rápidamente, y la víspera de Navidad, la plaza de Vera estaba llena de risas y alegría. Don Manuel, con su saco lleno de juguetes, se convirtió en el querido Santa Claus local.

Distribuyendo regalos y sonrisas a los niños que se acercaban y sonreían felices. Elena, con su tienda iluminada y decorada, sirvió chocolate caliente y galletas para todos.

Mientras los villancicos resonaban en la plaza, la magia de la Navidad envolvía a Vera. Las familias se unieron, olvidando las dificultades del año y compartiendo momentos de pura felicidad.

Los corazones se llenaron de gratitud y amor, recordando que, incluso en los tiempos más difíciles, la generosidad y la solidaridad podían iluminar cualquier rincón.

Así, en el pequeño pueblo de Vera, la Navidad no solo llegó con regalos y luces, sino con el cálido abrazo de una comunidad unida. Y mientras las estrellas brillaban en el cielo, la esperanza y la alegría florecieron en los corazones de todos, haciendo de esa Navidad en Vera una memoria imborrable de amor y generosidad.

Y así año tras año Elena y Don Manuel se convirtieron en el símbolo de Navidad de esta localidad que presumía de tener a su propio Santa Claus que llenaba de ilusión y alegría a pequeños y grandes.

Esos juguetes simples y artesanales hacían a los niños salir a la calle a jugar y compartirlos y simplemente con una muñeca de trapo, yoyós, aviones de papel, pelotas de cuero o canicas los niños llenaban de bullicio y alegría la plaza y calles de esta localidad.

Y es que Don Manuel dio a todos una lección de humildad y con sus simples juguetes llenó de luz y esperanza Vera cuyos niños esperaban estas fechas navideñas con ilusión y nerviosismo.

**RELATOS
BREVES**

PRIMER PREMIO PRIMARIA

“LOS SUPERHÉROES”

Damián Flores Pérez. Seudónimo: El Damas
Colegio Valdeserra. Vera (Almería)

Hola, soy Juan y os voy a presentar a mi grupo de superhéroes:

Pepe, tiene el poder de arreglar todos los destrozos que hacen los gamberros.
Laura, tiene el poder de paralizar a los gamberros mientras llegamos a La Rambla para detenerlos. Max, mi perro, cuando ladra provoca escalofríos a los gamberros. Y, por último, yo, tengo el poder de supervisar La Rambla cuando no estoy allí.
Nosotros somos ¡los superhéroes de La Rambla de Vera!

Bueno, ya que conocéis a mi grupo os puedo contar esta historia. Todo empezó un domingo a las 11:00 am; estaba jugando al pilla-pilla con Laura y Pepe en el patio de mi casa. Ese día no era un día normal, ¡era mi cumpleaños! Pillaba Pepe y entonces él pilló a Laura y así gané yo. Luego nos fuimos al parque de La Rambla (comiéndonos un trozo de tarta por el camino). Estuvimos media hora tirándonos por la tirolina y de repente apareció un tío con pinta de gamberro, pero eso no era lo peor. Lo peor era que de verdad era un gamberro. Le preguntamos cuántos años tenía y nos dijo que 20. ¡Nosotros nunca nos habíamos enfrentado a un mayor de edad! Era difícil para nosotros, nuestros poderes solo afectaban a menores de 18 años.



Nos fuimos a la casa de Pepe; él tiene un patio gigante y perfecto para entrenar. Allí el único poder efectivo era el mío, porque mi poder no servía para paralizar a los gamberros ni nada de eso, sino para vigilar los sitios desde la distancia, pero no pasaba nada porque mi poder también servía para muchas cosas y además yo tenía que entrenar mi agilidad y ya sabes, todo eso.

Cuando terminamos de entrenar eran las 23:00 pm, cada uno se fue a su casa; bueno Pepe no, porque él ya estaba en su casa. Yo tenía mucha hambre y en mi cumple mi madre siempre hace croquetas para cenar. Terminé de cenar y ¿qué pensáis que hice? ¿irme a dormir? pues no, lo que hice fue ver si el gamberro seguía en La Rambla y... ¡bingo! ¡Genial! Allí estaba.

Lo que me extrañaba era el porqué de estar ahí a esas horas. Yo, si me hubiera quedado hasta esa hora, literalmente estaría durmiendo encima de un tobogán.

Llamé a Pepe, a Laura y a Max. Corrimos al parque de La Rambla y allí estaba tan pancho, destruyendo las atracciones. Empezamos una batalla épica.

Laura lo paralizó, no sabemos cómo, pero lo hizo.

Pepe arregló los destrozos, tampoco sabemos cómo.

Y yo lo até con una cuerda y... bueno Max encontró un hueso, estuvo todo el combate jugando con él. Llamamos a la policía y ¡fin!

SEGUNDO PREMIO PRIMARIA

“EL SEÑOR DE LAS SOMBRAS”

María Ibáñez Masegosa

C.E.I.P. Reyes Católicos. Vera (Almería)

Hola a todos, hoy voy a viajar al futuro desde vera, hasta Vera versión Pokémon. ¡Vamos allá! ¡Ahhhhh!

Ya estamos aquí, para pasar desapercibidos me transformaré en Gengar V, ¡Listo! Ahora sí, sigamos con la historia que, por cierto, se llama: ¿Dónde está Pichu?

En la ciudad de Verakemon, en la calle Pasaje Venus viven : Pichu (un bebé muy simpático y travieso), Pikachu (el hermano de Pichu), Charmander y Bulvasaur (que son gemelos) y yo.

Esta aventura comienza el 15 de diciembre de 2036 en el parque de la Habana. Los cuatro estaban jugando cuando de repente se dieron cuenta de que Pichu no estaba, lo buscaron por todas partes pero no lo encontraron. Sin embargo cuando ya estaban desesperados, la de la cafetería les dijo que en su mesa había una nota que decía lo siguiente: Queridos pokémons, si queréis recuperar a vuestro amigo tendréis que conseguir la legendaria llave oculta, solo las personas de corazón puro pueden encontrarla. Cuando la halláis conseguido tendréis que dejarla en la piedra que está en el centro del laberinto del parque de la Rambla. Solo entonces os devolveré a Pichu. Buena suerte.

Los tres pokémons se miraron entre sí y Pikachu dijo:

—¿Quién ha escrito esto?

Charmander y Bulvasaur se apresuraron a mirar parte trasera de la carta y lo que vieron les dejó muy sorprendidos.

Detrás de la carta ponía:

El señor de las sombras.

Nunca antes había oído aquel nombre, pero Pikachu si y en cuánto lo leyó un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Aquel “Señor de las sombras” era una oscura leyenda sobre un espíritu que llevaba años secuestrando a los pokémons para conseguir la pokellave legendaria, ya que solo los pokémons con buen corazón pueden encontrarla y abrir el portal al universo más poderoso de todos: el Nether.

Tardaron una semana en encontrar esa misteriosa llave, hasta ahora tenían claro que debían recuperar a Pichu, pero cuando vieron el gran poder de la llave pensaron que “El Señor de las sombras”, después rescatarían a Pichu y destruirían la llave para siempre.

Después de crear la llave falsa la llevaron de inmediato al lugar de entrega y al momento apareció ante ellos Pichu. Lo cogieron y salieron corriendo para destruir de una vez aquella peligrosa llave.

Al final, después de mucho esfuerzo, consiguieron destruir la llave, pero no destruyeron a “El señor de las sombras”.

TERCER PREMIO PRIMARIA

“EL MAGO TALABARDO”

Álvaro Garrido Soler.

Colegio Valdeserra. Vera (Almería)

Érase una vez, un niño llamado Abelardo. Abelardo, era un chico despistado pues siempre olvidaba las cosas por todas partes. Pero, lo bueno es que era el más listo y el más bondadoso de la clase, y, además, el niño más gracioso que nadie había visto.

¡Contaba unos chistes que te partías de la risa! Abelardo siempre contaba los mismos chistes como: En casa, un niño que está vigilando la comida le dice a su madre:

—¡Mamá, las lentejas se están pegando!

Desde el comedor, su madre dice:

—¡Pues déjalas que se maten!

Por otra parte, contaba otro chiste muy gracioso:

—Papá, ¿Por qué estás con los ojos cerrados delante del ordenador?

—Lo siento hijo, es que Windows me dijo que cerrase las pestañas.

El caso es que era muy gracioso y llegó el punto en que pensó que cuando fuese mayor quería ser humorista. Un día, participó en un concurso de matemáticas y, como era el más inteligente de su clase, ganó el concurso, pero por los pelos, porque como era tan despistado, se equivocó de día con la fortuna de que su madre se dio cuenta y pudo llegar a tiempo. Lo que fue sorprendente fue el premio que le dieron, ¡le dieron unas entradas para ver al mago más famoso de España en el auditorio ciudad de Vera! Abelardo no tenía ni idea de lo que era la magia, pero igualmente iría. Tras muchos días de espera al fin llegó el día. Pero, Abelardo sentía que algo se le olvidaba, ¡Había perdido las entradas! Claro, como era tan despistado, no sabía ni dónde las había dejado. Estaba muy nervioso, cuando de repente se tocó el bolsillo y... ¡Las entradas estaban allí!

—¡No me lo puedo creer, estaban ahí desde el principio! Y yo tan preocupado. Al fin, llegó el revisor y cogió las entradas. Cuando empezó el espectáculo, Abelardo tenía muchísimas ganas de ver al mago.

—¡Señoras y señores, aquí con vosotros, el mago más famoso de todos los tiempos de España, Juan Tamariz! El público estalló de aplausos como si no hubiese un mañana.

—Hoy voy a hacer unos trucos alucinantes que nunca olvidaréis y de vez en cuando os iré haciendo algunas preguntas, ¿Entendido? Todo el público dijo que sí.

—Bueno, supongo que creeréis en la magia, habrá algunos que sí y otros que no. Para los que no creéis en la magia hoy saldréis de aquí creyendo en ella.

Para empezar, ¿Veis este sobre de aquí?, pues lo voy a meter en este baúl bajo llave y para eso necesito un voluntario y va a ser ese niño de allí. ¿¿Cómo te llamas tú, niño??

—Yo me llamo Abelardo y vivo en una calle de Vera, pero, ¿yo cómo voy a hacer el truco?

—Pues no tienes por qué preocuparte, lo que tienes que hacer es guardarte esta llave hasta el final del espectáculo. ¿Entendido Abelardo?

—¡Entendido!

—¿Veis esta bola de bolos?, pues yo creo que este señor me va a decir lo que pesa esto.

—Yo creo que esta bola de bolos pesa 9 kg.

—¡Pues eso lo veremos al final del espectáculo!

—Os voy a hacer una pregunta, ¿Quién de aquí tiene móvil?

Todo el público levantó la mano.

—Pues voy a elegir a ese hombre que tiene dos móviles. Lo que tiene que hacer usted es meterse en la calculadora, hacer una operación y yo pondré el resultado en la pizarra. El señor creía que lo estaba haciendo mal pero cuando el mago puso el resultado en la pizarra, ¡Era la misma fecha, la misma hora y los mismos minutos que en el móvil!

El mago les contó una historia que le ocurrió a un amigo suyo. Trataba de que su amigo tenía un bebé y cuando necesitaba pañales y los iba a pedir, tocaban al timbre, y ¡los pañales estaban allí!, pero, él no los había pedido y que en el truco iba a pasar algo parecido. El mago escogió a un señor a la misma vez que llegaba una caja al escenario que traía Emilio, el repartidor de Amazon. El mago dijo que con su móvil escogiese algo y cuando abrió la caja, ¡Estaba lo que había escogido!

Por último, todo el público tenía unas cartas. El mago dijo como se hacía el truco, pero a Abelardo no le salió, por eso lo sacaron al escenario y el mago dijo que no pasaba nada. De paso abrieron el baúl, pero había algo escrito dentro del sobre y era...
La bola de bolos pesa 9 kg.

La operación es correcta.

Lo que has escogido está chulísimo.

Abelardo sigue practicando.

—Muchísimas gracias por venir a mi espectáculo, que lo paséis muy bien y recordad que la magia existe.

Abelardo no se podía creer lo que había pasado esa noche, así que al día siguiente se compró su primer juego de magia. No paraba de practicar con el juego y aun así no le salían los trucos. Entonces, se acordó de que tenía un primo que practicaba magia profesional. Llamó a su primo y le pidió unos consejos. Pues a partir de ese momento a Abelardo le empezaron a salir los trucos. Abelardo ya tenía claro lo que quería ser de mayor. ¡Quería ser un mago! Tras muchos años practicando y practicando al final se hizo un mago estupendo. El mago Talabardo iba a hacer su primer espectáculo en el auditorio ciudad de Vera. (Abelardo se puso Talabardo como un nombre artístico pero su nombre sigue siendo el mismo) Llegó el día del espectáculo y Talabardo iba a hacer su gran truco. Se trataba de desaparecer tras una capa. Talabardo estaba nervioso, pero antes les entretendría con unos pequeños trucos y su gran truco lo dejaría para el final. Para cuando llegó el final, tuvo que hacerlo. No sé como pero no desapareció, ¡Sino que llevaba una ropa de súper mago! La gente que no estaba en el espectáculo empezó a gritar. Resultaba que los conejos de magia estaban atacando el pueblo de Vera. Talabardo no se lo podía creer. Entonces pensó que era buena idea ir al ataque. ¡Catapum! ¡Pan! ¡Pum! Hacía el mago, pero, aun así, no lo conseguía. De repente, se acordó de los trucos que aprendió de pequeño. Cuando los hizo no se lo podía creer.

¡Había ganado contra los conejos de magia! Talabardo se quedó como el rey por la salvación que había hecho en el pueblo y la magia fue creciendo en su familia y en el mundo entero. Talabardo tuvo hijos y nietos, y por supuesto que sus hijos se lo dijeron a sus hijos y así toda su vida. Si vives en Vera o en un pueblo cercano seguro que conoces El Espíritu Santo, pues si no lo conoces, se trata de una estatua en lo alto de una montaña. Pues resulta que cuando el mago Talabardo salvó al pueblo de Vera, le hicieron esa estatua para recordar todo lo que hizo por su pueblo y el mundo entero. Por eso se le puso el nombre de El Espíritu Santo y no su nombre o su nombre artístico.

PRIMER PREMIO JUVENIL

“LOS SUEÑOS DE VERA”

Carlos Lainez Núñez.

I.E.S. Alyanub. Vera (Almería)

El Espíritu Santo se alejaba cada vez más de ellos mientras partían al Norte, donde la vidente los esperaba en su cueva secreta. Don Francisco de Vera dejaba su ciudad atrás y esperaba que el viaje no fuese una pérdida de tiempo, por muy corto que llegase a ser. Iba montado sobre un palafrén castaño y sentía el fresco viento del invierno azotándole la cara tupida; la compañía de viajeros era muy pequeña: con él iba el cura de la ciudad, para que los defendieran en nombre de Dios si la bruja mora se atrevía a dañarles con sus artes malditas, el insufrible corregidor que siempre estaba a su lado para que el niño rey no se perdiese nada de lo que pasara en sus dominios, al igual que les ocurría al resto de nobles, un muchachito portaestandartes que llevaba la divisa de Vera, el águila bicéfala de sable en campo de gules, y las jóvenes mozas que los guiaban a la guarida encantada.

Según las dos chicas de ojos inocentes, la vidente les había predicho que ellas tendrían hijos varones, y así sucedió; pero esa era la más reciente y solo una de las predicciones de la misteriosa mujer: se había hecho famosa en los alrededores al profetizar muertes, desastres y nuevas mediante las visiones de sus sueños. Así que Francisco decidió echar suerte y pedirle a la mora que le predijese el futuro, como había hecho con sus siervos, por lo que hace una semana la visitó con el mismo séquito que ahora iba con él a preguntarle qué le deparaba. La vidente, de lengua insolente, les había echado de malas maneras diciendo que les avisaría para que volviesen cuando hubiese soñado; y ese día había llegado. Si lo que le decía no se cumplía o le tomaba el pelo no le temblaría el pulso en colgarla del arco de entrada de su ciudad, pues había que enseñarles a los subordinados cómo tenían que comportarse ante sus superiores.

Los cerros que habían cruzado solo dejaban ver su castillo señorial, en la cima, tapando el resto del monte. Cruzaron ondulados y terrosos campos de cultivo bajo un mar gris, divisando a solitarios campesinos que recogían las olivas de la cosecha, cuyo aceite llegaría a muy, muy lejos.

Francisco iba con la vista perdida por el horizonte cuando una de las chicas anunció que habían llegado. El maltratado sendero terminaba hundiéndose en una rampa que desembocaba en el pie de una colina chata, y la grieta negra delante de ellos les hacía

adivinar que estaba hueca. Descabalgaron, y las muchachas con ropas blancas y pelo enredado se asomaron a la gruta y preguntaron si había alguien.

—Pasad —respondió una voz sonora desde las entrañas de la tierra, especiada con un acento árabe. Algunos decían que la vidente descendía de los antiguos califas y que capturaba niños para el demonio al que adoraba. El vello de la espalda se le encrespó. “Sandeces”, pensó.

La entrada era tan angosta que el cura casi no pudo pasar por su obesidad, y simplemente dejaba entrar una fina raya de luz pálida. El resto de la estancia era iluminada por unas brasas negras que chasqueaban por poros rojos, de los que emergían lenguas de fuego. El suelo polvoriento era cubierto por alfombras con mándalas exóticos, igual que las paredes de piedra maciza, y del ahuecado techo crecían raíces como dedos callosos. Una densa mezcla de especias cargaba el aire haciéndolo sentir mantequilla, se veían cofres, candelabros y baratijas desperdigados, tirados por todos sitios, de las alturas colgaban elaborados atrapa sueños y cráneos de cordero blancos como la leche los miraban, colgados de las paredes, con sus cuencas como pozos y cuernos retorcidos. La vidente los esperaba sentada en la única silla que había. No era vieja pero sus ojos arrastraban lagos de sabiduría. Portaba un pañuelo carmesí entorno a la cabeza, y sobre su tez morena se había cubierto con harapos verdes y azules, de los que colgaban monedas centelleantes.

—¡El señor sobre el monte! —gritó al verlo.

Como el cura, se persignó en cuanto entró; el corregidor, en cambio, había dejado ver su acero cuando la bruja gritó y levantó los brazos, pero la mujer no se asustó. Otra cosa diferente eran las dos veratenses, que se abrazaban, atemorizadas por la vidente.

—Solo le tengo miedo a las pesadillas, cabeza huevo —dijo, burlándose de la calvicie del hombre del rey, que se puso rojo de ira.

—¿Cómo sé que tus sueños no son frutos de la locura? —le cuestionó para asegurarse de que no era una demente.

—Alá me dio el don de ver las cosas que pocos ven, pero no todo es gracias al que es grande. Esta tierra es una especial, antigua, donde los dioses arcanos danzaban antes de que vinieran los emperadores y reyes, así que aumenta mis artes.

—Callad y guardaos vuestro falso dios para vos —dijo el cura, agarrando su cruz y balbuceando sortilegios.

—Bueno... —concluyó Don Francisco—. Entonces contadme qué habéis soñado. ¿Qué me pasará?

—Lo haré, pero no he soñado con vos, sino con vuestra querida Vera.

—¿Mi ciudad? —aquello le confundió, pero ella siguió hablando con su voz anciana.

—Exacto. He soñado con llamas bailando, y allí donde bailaban, la gente gritaba y moría. Vi a un águila negra como la noche volando por un cielo de sangre, esperando un nuevo amanecer. Mientras los salones de los señores caían y giraban, diez ojos lloraban gotas de mar, y otros cien moraban bajo tierra. Un festín para los gusanos, sí, sí, sí... Soñé con el martillo de la tierra y con un bramido de algo enterrado hace muchas eras. ¡Hijo! ¡Madre! ¡Hermano! Gritaban las voces, que hacían que me estremeciese en el lecho. Entonces docenas de rostros azules, espectrales, dieron vueltas entre ruina y pena, mas todos reían y reían, no sabría decirlos por qué. Ceniza y polvo por todas partes. Un fénix naciendo de nuevo. Tres maestros de las cuerdas que liberaban a una golondrina de madera, que aterrizaba en la tierra, haciendo germinar a un templo quebrado. Dolor y desolación. Esperanza y clamor. Una noche de calamidad y luego una edad de maravillas y saber. Con eso he soñado, y con otras cosas que no puedo recordar. Entended lo que os plazca, pero he sido yo quien ha visto todas esas cosas y sé lo que dicen. En cinco días la muerte caerá sobre vosotros, pero haced lo que queráis, nadie me hace nunca caso.

El viaje de vuelta a casa fue mucho más agrio que el de ida. Su visita lo había dejado confundido, y no sabía si la bruja se estaba riendo de él. El cura le instaba a expulsarla de sus tierras, y el corregidor abogaba por la horca. Pero dentro de él el miedo superaba a la duda, y no los pudo escuchar. Lo que le había narrado lo dejó con los pelos de punta y un cuchillo helado resbalándole por la espalda. Se intentó tranquilizar diciéndose que era solo una curandera aficionada y loca, pero entonces se acordaba de los hijos de las chicas y sus otras visiones, tan certeras como que el sol salía por el Este. Indeciso, ordenó guardar silencio a las muchachas, amenazándolas con perder la lengua, y el gordo sacerdote y el calvo corregidor también se quedaron el secreto, pues si el populacho se enteraba, se armaría un gran jaleo por una majadería sin ton ni son.

Vera lo esperaba, preciosa y grandiosa. Un muro de varias varas de altura, grueso, firme y salpicado de torres rectangulares rodeaba la cintura de la colina, asegurando a los habitantes de la parte más alta y dejando expuestos a los de las laderas. La mayoría de los hogares eran de adobe y tejado de paja, pero los más ricos disfrutaban de casas de ladrillo y techos de tejas; sin embargo él no vivía entre ellos, sino que, como correspondía

a alguien de su clase, lo hacía en el castillo que coronaba el monte, desde donde se veía la costa y el Azul. Subieron la caminata que llevaba a la humilde barbacana de entrada, donde se libró del corregidor que se pegaba a él como una sanguijuela, el cual se marchó a su hogar, y del cura, que fue corriendo a la Iglesia a suplicar misericordia al Señor.

Arriba, donde estaba por encima de todos, se encontró a su esposa María dentro de la rectangular torre del homenaje, una vez pasó el diminuto patio de armas. Le contó todo lo de la bruja y sus extrañas palabras, y, horrorizada, no tardó en bajar a la Iglesia a rezar, a pesar de que él la avisó que eran estupideces. En todos sus años de matrimonio no habían podido engendrar hijos, ni por mucho que el cura bendijese y bendijese su cama, pero por lo menos gobernaba con sabiduría, manteniendo la paz, como había hecho su padre y el padre de su padre, a quien los santos Reyes Católicos entregaron las llaves de la ciudad.

Los cinco días transcurrieron lentos y pesados. Muchas veces se paseaba por las tranquilas calles viendo que las dos mujeres de blanco no se habían ido de la lengua; no obstante, siempre sentía una pequeña espina de miedo en el fondo de su ser. Tampoco sucedió nada que lo enturbiase demasiado, cumpliendo la misma rutina de siempre.

El quinto día al fin llegó. Primero la mañana, luego el medio día, después la tarde... Y al fin la noche, sin rastro de muerte o perdición. Francisco suspiró, dejándose caer en su asiento, en parte aliviado y en parte decepcionado consigo mismo por haber tenido el error de la duda. El salón de su atalaya era alargado, con el techo alto y espacioso y una ventana que daba al pueblo y al lejano mar nocturno. Una larga mesa atravesaba la estancia como una espada y él era su único ocupador, acompañado por candelabros, velas y un mantel. María, ya acostada, lo esperaba un piso más arriba; sin embargo, quería asegurarse de que nada acontecía al final de todo.

Para hacer la espera más amena bebía de una copa con buen vino, mirando el cristal del ventanuco y las luces de las calles y estrellas del cielo que había tras él.

Entonces las llamas de las velas empezaron a parpadear. Su cara, reflejada en la superficie escarlata de la bebida, se puso a temblar hasta que desapareció entre olas rojas. La mesa y el suelo lo imitaron y la silla donde estaba liberó crujidos y dio cruentos saltos, tirándolo de bruces al suelo. Le palpitaban las manos y las rodillas, y miraba incrédulo las grietas de su salón. Le cubrían capas de polvo que caía de arriba. Una viga se quebró y partió la mesa en dos al precipitarse, mientras la voz de la bruja retumbaba en su cabeza. Intentó levantarse como pudo y echó una última mirada a su Vera. Las antorchas de las calles

Relatos breves

se habían caído de donde colgaban y habían incendiado las casas, la gente corría por los barrios hasta que los temblores los derribaban y escuchó bramidos que anunciaban desprendimientos de las laderas. Vio piedras rodando y nubes de polvo elevándose en la noche; el mundo daba vueltas sin parar. Un nuevo empujón lo tiró y esa vez no pudo evitar gritar. Levantó la cabeza, miró hacia arriba y vio pasar todos los días que había vivido en un súbito destello, y creyó haber visto a Dios al final, pero todo se esfumó enseguida. El suelo que había bajo él ya no estaba, y el techo bajaba a abrazarlo.

SEGUNDO PREMIO JUVENIL

TODO LO QUE LE CONTAMOS A LAS ESTRELLAS

Laura Estela Herrera Guaita
I.E.S. Alyanub. Vera (Almería)

En la cálida y tranquila playa de Vera, amanecía con sonidos de las olas y el sol subiendo, a la vez que las nubes que le sonreían.

Había una adolescente, sola, con una mirada perdida y los ojos y los ojos como una tormenta de verano. Se sentía incomprendida, estaba temblando, pero no hacía frío... Llevaba consigo una preocupación muy grande y un alto nivel de impotencia.

No lograba asimilar, no lograba entender. Sin embargo, no era la primera vez que se sentía así, no era la primera vez que el cuerpo se le congelara sin ser causa del frío.

Estaba cansada, agotada de sufrir y de sentirse juzgada. Se llamaba Florencia, a ella no le gustaba su nombre, nadie sabía por qué.

En consecuencia, a sus lágrimas se anteponía un problema, ella sentía que no encajaba, que no le importaba a nadie. Las personas le hacían pensar que era extraña, que no se le aceptaría nunca.

No tenía amor propio, siempre trataba de defenderse y terminaba en vano, las lágrimas recorrían su rostro y sentía que perdía la batalla...

Cuando finalizaba el día, y su presencia ya no deambulaba por los pasillos de una de sus grandes torturas, se sentaba en el borde de su azotea, como de costumbre, miraba a las estrellas y lloraba desconsoladamente, quería sentirse bien, ser ella misma sin pensar en el qué dirán...

Cada noche las estrellas le susurraban razones por las que luchar, que nadie más podía escuchar.

Florencia era una niña de pocos amigos, pero ella sentía que eran los correctos, le hacían reír, la ayudaban con las tareas interminables de clase, y lo más importante. Le hacían sentirse querida.

De repente, reflexionó y se dio cuenta de que una de las razones por las que debía luchar, eran sus amigos.

Las lágrimas se secaron y pudo ver la luz al final del túnel que daba por sin salida...

Desgraciadamente, había personas que querían seguir apagando la luz de Florencia, la veían bien y se mordían, es más, le intentaban hacer la vida imposible. Por lo contrario, ella intentaba salir de sus pensamientos, trataba de valorar todo aquello que nunca tomamos en cuenta...

Fue la terapia, le contó lo que no le había contado a nadie, a un profesional.

La vida le sonría, ella no era el problema, ella no merecía sentir lo que sentía.

Consiguió darles un merecido a las serpientes que hacían que vivir se le hiciera pesado, se consiguió querer a sí misma y estaba agradecida con todo lo que la vida le estaba dando.

Pudo ser ella misma, pudo tener confianza en sí, y aprovechar sus valores y virtudes para ayudar a las personas, eso le hacía feliz.

TERCER PREMIO JUVENIL

“SUSPIROS AL ATARDECER”

Claudia Fernández Rodríguez.

I.E.S. El Palmeral Vera (Almería)

En el crepúsculo de la tarde, el 9 de noviembre de 1518, en Vera resplandecía el hermoso castillo, como la luna en el oscuro cielo de la noche. Una grandiosa muralla lo rodeaba protegiéndolo de cualquier mal. El sol se escondía dejándonos ver un espectáculo lleno de colores anaranjados, que hacían del paisaje una maravillosa fantasía.

El sol se escondía, la brisa se transformaba en viento, era hora de irse a casa. Llamé a mis dos hijos, Hugo y Mateo, los cuales llegaron después de una tarde llena de diversión y entusiasmo. Entramos a casa hambrientos y sedientos, así que Álvaro, mi esposo, preparó un delicioso cordero, ya que esta comida era del agrado de todos. Pasados 20 minutos estábamos sentados alrededor de la mesa cenando tranquilamente. Tras la cena nos fuimos a descansar, pues mañana sería otro día y habría que trabajar.

Un gran estruendo causó mi repentino despertar, en un instante, un temblor invadió la casa, a la vez que un horrible sentimiento en mi corazón. No lo dudé, fui a por mis hijos, teníamos que escapar de allí. Cogí en brazos a Mateo, al igual que mi marido a Hugo. Conseguí salir de la casa, mi esposo y Hugo estaban a tres pasos de salir. Estaba empezando a tranquilizarme, cuando de repente la casa se derrumbó y en ese momento una parte de mi corazón también lo hizo.

Me desperté en el mismo sitio donde me había desmayado, Mateo, entre lágrimas, intentaba despertarme, cuando me levanté y vi mi casa destrozada, volví a la dura realidad. Ilusa, empecé a quitar escombros, creyéndome que podía salvar a Hugo y Álvaro. Cuando los encontré sin pulso, rompí a llorar, no podía aceptar lo que les había pasado. Sentía que mi familia había quedado destrozada en cinco minutos, mi mundo se venía abajo. Con mi hijo entre los brazos, pasaron horas hasta que los pocos sobrevivientes escucharon nuestros desoladores llantos y acudieron a consolarnos. Pudimos alojarnos en la Iglesia Nuestra Señora de la Encarnación, que sorprendentemente no había sufrido daños. Las primeras semanas allí fueron desalentadoras, ver como sufría mi hijo y pensar que Hugo y Álvaro no estaban a nuestro lado, hicieron de mi vida un infierno del que no podía salir.

Pasaron los meses y pude apreciar una evolución en el estado anímico de todos los vecinos.

Mi frustración se había convertido en instantáneos recuerdos que me generaban nostalgia y arrepentimiento de no haberlos abrazado más fuerte, de no haber aprovechado cada instante... Mateo sobrellevaba bastante bien la situación, pero seguía pasando en ellos. Cada noche, exactamente a las once, subía al campanario para contemplar las estrellas, su mirada era emotiva y añorante. Estoy segura de que veía, en las estrellas más bonitas, a su padre y a su hermano y eso le reconfortaba.

Pasados unos años ya habíamos superado aquel atroz desastre que cambió nuestras vidas. La mayoría de los supervivientes permanecíamos en la iglesia. En una de nuestras reuniones habíamos llegado a la conclusión de que aquel terremoto destruyó Vera y sus vidas, pero nosotros teníamos que reconstruirlas. Cada uno de nosotros aprovecharía sus capacidades para aportar en este nuevo proyecto. Mateo, que ya tenía dieciséis años, ayudó en la obra, a reconstruir caminos y casas. Yo ayudé en el campo, además de construir vasijas.

Pasados seis meses, Vera había cambiado exageradamente. Sentía que estaba empezando a vivir otra etapa de mi vida, como si volviera a ser feliz, aunque en mi interior nunca lo fuera. Un día cualquiera, paseando por las calles decidí que era hora de visitar mi antigua casa reconstruida. De camino, pensé qué sentiría al ver la casa en la que mi marido e hijo fallecieron. Cuando llegué me quedé asombrada, la habían reconstruido tal y como era. Fue entonces cuando un montón de recuerdos empezaron a llegar e inundaron mi mente. No sé cuánto tiempo estuve contemplando mi hogar, mi dulce hogar. Había perdido la noción del tiempo, así que decidí irme, pero sabía que iba a volver todos y cada uno del resto de mis días. Me estaba dando la vuelta para marcharme cuando de repente escuché un susurro, el cual me era familiar, susurraba mi nombre. Deprisa di media vuelta y... No me lo podía creer, estaban allí, mi marido y mi hijo, no era posible. No sabía qué decir, y antes de que pudiera decir nada, mi marido dijo:

—Esto es real, aunque nosotros no estamos aquí. Estamos muy orgullosos de cómo habéis llevado esta situación. No estamos cerca, pero estamos juntos, recuérdalo. A partir de este momento, en el último rayo de luz de cada atardecer sentirás que estamos juntos, como ahora. Os queremos y, ansiosos, esperamos el momento en el que nos reunamos todos.

En un instante desaparecieron, no sabía si pensar que estaba loca o aceptar este hecho como un milagro. No sabía si era verdad, así que me propuse esperar hasta el siguiente atardecer para probarlo.

Relatos breves

Allí estaba yo, viendo el atardecer, deseando comprobar lo sucedido. Fue el atardecer más largo de mi vida. Pero con cada momento que pasaba, el pulso se me aceleraba.

Llegaba el momento, el sol se estaba poniendo y de repente una llama se encendió en mi corazón y pude sentir el calor que ellos me daban y que yo tanto añoraba.

Mi vida cambió con un terremoto que me mató por dentro y a su vez me hizo renacer para poder seguir adelante.

PRIMER PREMIO ADULTO

“MARÍA Y EL VERANO ETERNO”

María del Mar Navarrete Fernández. Pseudónimo: Azulete

Aquellos días de verano en la playa eran mágicos para la familia.

Las casas de chapa y tela, en las que el suelo era la arena y el techo las estrellas, eran el mejor palacio en el que haya vivido jamás.

Desde bien temprano, el sonido de las olas que rompían en la orilla llenaba el aire, y el aroma a salitre y a tostadas recién hechas, invadía cada rincón de la playa. Primerísima primera línea de mar.

Los niños y niñas que allí pasábamos el verano, nos convertíamos en hermanos, sus casetas eran las mías, y mis recuerdos, también son ahora suyos.

Construíamos efímeros castillos de arena. Con un cubo en la mano y una pala en la otra, trabajábamos en auténticas obras arquitectónicas. La húmeda arena se moldeaba con facilidad y poco a poco, iban apareciendo torres, murallas y fosos en el horizonte. Pasábamos las horas jugando en imaginarios reinos de arena, con batallas épicas y aventuras emocionantes.

Corríamos por la playa persiguiendo a las rápidas gaviotas y nos enseñábamos a nadar unos a otros, siempre cuidando de los más pequeños. Algunos mayores pescaban en la orilla rodeados de niños nerviosos que no paraban de gritar: “se ha movido, lo he visto”. Con un poco de suerte, esa noche cenábamos pescado fresco.

Recuerdo no ponerme zapatos en dos meses, sentir como la arena caliente sanaba mis pies planos. La brisa marina me revolvió los rizos y el olor a sal se mezclaba con el aroma de la crema solar.

Añoro las pequeñas literas y las telas de rayas a modo de paredes.

Pasaba el verano con dos bañadores, que se imprimían como tatuajes sobre mi piel, era el auténtico y genuino “quita y pon” de la época. Miraba la parte interior de mis codos; me detenía observando el contraste entre el blanco y el negro de mi cuerpo, y me gustaba

pensar que, si subía mis piernas bien alto, y aguantaba suficiente tiempo en esa posición, las plantas de mis pies se volverían también morenas.

Las familias sacaban sillas plegables y toallas a los improvisados porches, y se relajaban bajo nuestro cálido sol, mientras disfrutaban de la brisa marina y comentaban la actualidad local de aquellos días de verano.

Las tardes se pasaban nadando en el Mar de Alborán, el hijo favorito del Mediterráneo. Recogíamos conchas y piedras de mil colores en la orilla. Mientras tanto, alguna madre se acercaba y te regalaba la merienda: un sándwich de corte, un trozo de pan con chocolate, y si había un cumpleaños, “Comtessa” para todos.

Al atardecer, nos reuníamos para ver el espectáculo de colores en el cielo, mientras el sol se ponía a nuestras espaldas.

Siempre había alguien que cantaba o tocaba la guitarra.

Siempre había alguien que perdía una sandía enterrada en la orilla para refrescar porque algún niño había quitado el palo.

Siempre había alguien que se enfadaba. Y siempre, había alguien a quien amabas en secreto.

Aquellas noches eternas, eran la cuna para sueños con sirenas. Eran cielos pintados de mil constelaciones, y una luna tan grande que parecía que venía a decirnos buenas noches. Era quedarte dormida con el arrullo del mar a modo de nana improvisada. Era escuchar a tus padres reír a carcajadas en la puerta, abrazando la vida tranquila.

Esos veranos en la playa me llevan de la mano a mi infancia. En esos momentos, me sentía feliz y libre, como si todo fuera posible.

“Villa Jarapa”, se escuchaba a modo despectivo. Aquel paraíso único que se repite entre mis recuerdos: nunca olvides quién eres, nunca olvides de dónde vienes.

SEGUNDO PREMIO ADULTO

“APERITIVO EN EL PLAYAZO”

Pedro Lorite Alcarria. Pseudónimo: PPUNTO

Bajo las escaleras y emprendo el camino diario hacia la playa. En el morral he preparado una toalla, crema solar y algo de dinero. Bandadas de aves migratorias cruzan el cielo a gran altura hacia el humedal del Salar de los Canos: grullas, garzas, flamencos y correlimos. Aparecen a izquierda y derecha las primeras casas, construcciones unifamiliares adosadas pero desiguales, la mayoría de una planta. Todas disponen de un mediano jardín planteado de diferentes formas según el gusto de los propietarios. Los hay palaciegos, de tipo versallesco o topiario con plantas perfectamente podadas y recortadas, como recién salidas de una peluquería. Otros contienen miniservas repletas de especies tropicales, con interminables palmeras, ficus y cactus gigantes, sauces y coníferas, apretujados como manojos dentro de las exiguas lindes, resultan pretenciosos como museos de Botánica en miniatura. En la totalidad del recorrido, sin embargo, se aprecian decenas de buganvillas, la especie local, de colores tan variados como insólitos; pétalos fucsias, lilas, verde pistacho, amarillo albero, rojo bermellón o blanco nuclear. Por su artificio recuerdan a los polluelos tintados que compraban los padres a los críos en los años setenta y que, debido precisamente a la sustancia usada para pintarlos, duraban menos de una semana. Giro a la izquierda y, al poco, de nuevo a la derecha para retrasar mi llegada al destino. En esta zona se alternan patios vacíos, en los que se aprovecha la amplitud como lugares de ocio, ocupados por barbacoas, sillas y tumbonas; y huertos privados con verduras y árboles frutales: naranjos, limoneros, nísperos, etc. El olor es tan intenso que parece un reclamo para el hurto. En esta temprana hora los ocupantes se afanan en tareas de riego, excesivo para mi gusto tratándose de una provincia tan escasa de agua como Almería. Durante el trayecto me han sobrevolado infinidad de pájaros; verderones, mirlos, aviones, vencejos, golondrinas y gaviotas de gran envergadura que actúan como presagio de un océano tan próximo ya que puedo olfatear y oír su queja. Enfrento un último callejón, servidumbre de paso entre dos fincas, de tan sólo un metro de anchura. Es un día azul de junio y ante mí se despliega su majestad el Mediterráneo. Reconozco el escenario de inmediato, lo he visto tantas veces desde este mismo lugar que no puede ser un sueño. Los míos suelen ser extravagantes y carecen de cronología y sentido. Todo se inunda ahora de una luz blanca que también registro, de igual modo que el paisaje ondulado, femenino, que dejo a mi espalda. Siento ese tipo de emoción que se cuelga de la memoria y no acaba de disiparse nunca. Camino descalzo sobre la gruesa arena, como granos de quinoa, unos cincuenta metros hasta el borde del agua que llega mansa a la orilla. A ambos lados de mi posición,

distantes, un par de parejas y algún bañista que nada paralelo a la costa. Me siento, cierro los ojos y me dejo ir. Una dulce brisa impulsa el salitre hacia mi rostro caldeado por el sol. Hoy ha amanecido limpio, liso y bien ordenado. Cada cosa está en su sitio, archivadas parecen; todos los elementos sujetos al tablero visual por chinchetas invisibles. Un escenario inmóvil apenas alterado por la leve ondulación de las aguas y las chiribitas del sol sobre su superficie que, junto al cuchicheo de las olas y el aroma salino, me recuerdan que estamos en directo y que el segundero sigue haciendo su incansable trabajo hacia el final. Es de esos días en que a uno le gustaría haber traído el cubo, la pala y el rastrillo para jugar despreocupado sobre la arena como si tuviera cinco años, caso de que fuera capaz de rescatar de mi memoria tal experiencia personal que probablemente ha sido implantada por el cine, como tantos otros recuerdos también postizos. Percibo ese tipo de soledad que funciona como un espejo del que no puedes ni quieres esconderte y ansías que todo alrededor te abrace. Enfoco mi visión en dirección a las boyas, esas pellas amarillas que delimitan el territorio entre bañistas y embarcaciones. Luego, el horizonte zarco y su inabarcable misterio. En el chiringuito a mi derecha, el chaval esparce mesas y sillas en la terraza. En cuanto me ve se retira a la cocina para servirme lo de costumbre: una Estrella de Galicia helada de barril y unos mejillones al vapor aliñados con aceite de oliva y perejil con toda la mar adentro. Con la segunda cerveza me dejo anestesiar y experimento una deliciosa pereza que me atrapa sin antídoto. Sobre las aguas, a unos trescientos metros, un buque de carga permanece varado a la espera de autorización para su acceso al puerto. Obviamente nada de esto me pertenece, pero me siento como un huésped con derecho de uso exclusivo, considero que la vida me trata bien, demasiado bien quizás. Soy dueño de un tiempo anclado a unos deseos que se sacian con lo disponible, con lo que tengo a mano, y no encuentro manera de enriquecer la situación que no sea prolongarla al máximo hasta la previsible decrepitud y su conclusión. He descrito una rutina, la penúltima, que se despliega de otras similares que a lo largo de la semana dejan en suspenso, como el carguero fondeado, cualquier preocupación, y me pregunto sobre el grado de calidad de vida que disfruto. Creo que es un concepto que deberíamos medir teniendo en cuenta nada más las posibilidades de mejora, si es que las hay, y dejando aparte la variable de la salud, que tiene la fea costumbre de mostrarse imponderable. Desconozco los parámetros utilizados por Jeff Bezos, Bill Gates y Bernard Arnault (los tres más ricos según la lista Forbes de este año) para puntuar su nivel de bienestar, pero no les tengo ninguna envidia. Claro que con el lado opuesto tampoco me gustaría compararme. No quisiera estar en la piel de cualquier residente de Kutupalong, Dadaab o Dollo Ado (los tres campamentos con mayor número de refugiados del mundo, según ACNUR), entre otras cosas porque el umbral mínimo de subsistencia lo atravesé nada más nacer, casi al mismo tiempo que muchas de estas personas comienzan a sufrir todo tipo de calamidades. Supongo que para ellos la garantía de recibir medio litro de agua al

día ya les haría sentirse mejor que a mí en uno de mis peores días. A su lado, mis infortunios son tan insustanciales como un plato de acelgas sin rehogar. Aunque mis datos biográficos podrían situarme en un lugar medio-bajo de la escala del privilegio: hijo de familia pobre, arrabalero hasta los veintitantos, casi medio siglo de cotización a la SS y algún episodio médico desafortunado; creo haber llegado por fortuna a un punto muy elevado del escalafón humano de confort. El lugar donde habito es fruto de una elección tomada hace más de veinte años, tiempo suficiente para verificar que lo que uno presume querer para su porvenir raramente coincide con el futuro real, cuando éste se ha convertido en inevitable presente, sería como elegir una carrera universitaria desde el útero materno y acertar; y sin embargo el azar y circunstancias favorables han hecho de este espacio mi lugar favorito para vivir. Vinimos a este lugar pensando en la jubilación y se ha convertido en la mejor decisión de nuestra vida. Desde mi posición el cuadro permanece invariable: el horizonte, las boyas amarillas, la Almagrera sacando la lengua a Terreros y la Cabrera mostrando su lomo de iguana. Un escenario estático si no fuera por el fuerte viento que suele aparecer a mediodía, una ventisca que zarandea las sombrillas y amenaza con arrancarlas de cuajo. Una enorme gaviota vuela contra corriente desafiando el vendaval hasta que queda frenada, suspendida en el aire. El mar es una sábana azul, limpia y bien estirada, con un fino embozo de encaje blanco. El carguero se mantiene sentado plácidamente en el agua, se asemeja a una enorme plancha olvidada sobre la tabla. La arena recién tamizada calienta mis pies, con suavidad, como hacen algunas frases que no sirven para nada, pero te caldean el corazón “mereces lo mejor”, “saldrás de esta”. ¿Es este mi mar? ¿Es esta mi playa? Pregunto. Hasta podría adivinar el lugar exacto donde flotan las boyas con los ojos cerrados. Sí, definitivamente es mi paisaje favorito. Bienvenido a casa, *patano*, me responden. Siento los elementos como un regazo amable; esas gotas de bienestar que acuden a nosotros en raras ocasiones para preferirnos, cuando no deseamos ponernos en lugar de nadie y pasamos un rato tan a gusto en el nuestro. El sol aparta las nubes a manotazo limpio. Una gaviota lejana se pavonea (*gaviotea*, que no es un pavo) ante el espejo líquido. La luz chisporrotea por todas partes. Mi cabeza vuela hacia mi laguna preferida a tiempo para ver como los patos la abandonan dejando puntos suspensivos sobre el agua. Nadie sabe lo que pueden dar de sí un par de cañitas con toda la mar delante.

TERCER PREMIO ADULTO

“SOLSTICIO ARGÁRICO”

Juan Antonio Moya Moya. Pseudónimo: Patri Barea



Y por fin llegó el día esperado con impaciencia por todos y, sobre todo, en mi caso, no pude dormir en casi toda la noche. Era el día en el que se iba a celebrar la ceremonia de unión de nuestros admirados Pakitá y Miché.

Pakitá era una bellísima mujer de largo cabello rubio que combinaba perfectamente con su túnica de yute beis y que portaba una tiara de plata, símbolo de riqueza y poder. Ella nos curaba de las enfermedades con su amplísimo conocimiento en hierbas medicinales y en ocasiones realizaba pequeñas intervenciones quirúrgicas y sanaba heridas producidas en accidentes.

Miché también era un hombre atractivo de buena estatura con una larga cabellera que le alcanzaba hasta la mitad de la espalda. Se convirtió en héroe, pues nos defendió, junto a otros hombres, del ataque mortal de aquellos cazadores que bajaron de las montañas a apoderarse de los cereales que custodiaba el silo. Esto sucedió el invierno pasado cuando

escaseaba la comida para todos. Un compañero suyo fue alcanzado mortalmente por una flecha y él mismo, Miché, recibió una lanza de flecha en el hombro.

Esta es la razón precisamente por la que ambos se habían vuelto a encontrar después de algunos años sin verse.

Los dos se habían conocido de niños y se habían mostrado simpatía mutua. El destino los volvió a reunir una vez que Miché necesitó de la asistencia sanitaria de Pakitá para extraerle el proyectil y curarle de la infección que le sobrevino. Por su delicadeza y ternura, Miché, quedó perdidamente enamorado de Pakitá e iniciaron largas conversaciones que fueron poco a poco desembocando en un compromiso sentimental.

Aquel día era el más largo del año, el solsticio de verano, el cual había sido elegido por los contrayentes para la celebración.

Ya olía a humo de leña de encina y a los asados de carne que se iban adelantando para el banquete.

Toda comunidad, sin excepción, asistía invitada a la fiesta, hasta el poblado más remoto o el más pobre y se respiraba la alegría en el aire en un día que había amanecido fresco y soleado.

Asistía la élite con todo su séquito seguida de sus esclavos portadores procedentes de la Fuente de los Álamos y los mineros venidos de la Sierra de los Lobos, lugar donde abundaban los metales que nos proporcionaban el material en el que estábamos especializados. Se fundía, aleaba y transformaba para después elaborar herramientas, armas, así como objetos decorativos y joyas. La calidad de nuestras espadas de bronce era muy reconocida en toda la comarca y había trascendido fuera de nuestras fronteras.

Yo, procedía de una pequeña aldea situada en el Cerro de los Espíritus, adyacente a un hacho; y vivía con mis padres y hermanos, no lejos del poblado más grande y centro de nuestra cultura, solo a un paseo de unas horas de nuestra casa.

Nuestra comunidad estaba principalmente regida por un matriarcado capaz de resolver problemas, conflictos y enfrentamientos de una manera totalmente pacífica.

Nuestra principal fuente de subsistencia era la agricultura y ganadería. Se cultivaba cereales y se elaboraba pan y cerveza, de los que en este día se consumiría en abundancia

durante la fiesta. Nuestro ganado estaba formado por cabras, cerdos, ovejas, gallinas y patos. Los conejos silvestres abundaban en el territorio, se cazaba jabalíes y aves salvajes en los alrededores, donde abundaban encinares y bosques de coníferas. Gracias a los cuales se crearon exquisitos manjares para este gran día.

Conforme nos aproximábamos al Argar, por el camino que llamábamos, Del medio, se escuchaba los cánticos, el sonido de las flautas de caña y tambores de madera y cuero como un zumbido en el aire.

Nuestro pueblo se había ido enriqueciendo gracias al comercio y nuestra habilidad de elaboración del metal de bronce, una nueva técnica que conseguía endurecer las armas para luchar, herramientas, joyas y utensilios varios.

Nuestra aportación familiar a la fiesta y como regalo de boda para los contrayentes, era un atún salado que capturamos en la almadraba y que mis hermanos portaban, junto con dos ocas que mi padre había capturado en el Salar cerca de la casa. Mi madre había preparado las mejores ropas de lino para el evento y nos arregló el pelo con guirnaldas de flores.

Las aportaciones del ajuar de los novios fueron muy interesantes: los nobles de la Fuente del Álamo aportaron bellos y lujosos objetos de marfil y huevos de avestruz, algo insólito, ya que en nuestras tierras no existían aves que pusieran huevos de tal calibre. También recibieron algunas pieles entre ellas una de oso, que usarían para calentarse en las largas noches de frío y viento invernal. Un peine de hueso y un mortero pulimentado de mármol blanco. Todos colaboramos con algún regalo o una aportación para el banquete.

Sentí tristeza al recordar el fallecimiento de mi abuela el invierno pasado y que no pudiera asistir a este acto, ya que ella admiraba a ambos contrayentes. Como era habitual en nuestra tradición, la enterramos en una cinta de barro bajo el suelo de nuestra choza. Yo solía conversar con ella por las noches como si siguiera viva confiándole mis secretos y dándole mi cariño.

Patré, Mariké y Mizek, eran tres alfareros que vivían en el Argar, se dedicaban a elaborar vasijas funerarias, vasos campaniformes, copas y pequeños objetos de uso diario. Solíamos encargarles las grandes orzas funerarias en las que se enterraba a los seres queridos. Su profesión les daba lo suficiente para una holgada supervivencia, pero tenían ambición desbordada por obtener los bienes ajenos.

Ellos habían observado que en los enterramientos se ofrendaba un rico ajuar funerario de joyas y ciertos objetos. Localizaban los lugares donde se habían realizado los enterramientos más lujosos, señalizándolos con lascas de piedra blanca.

Aprovechando que se estaba celebrando la ceremonia, acudieron a mi choza con intención de expoliarlos en ausencia de los familiares.

Esta, era la última de una serie de chozas asaltadas. Para su sorpresa, descubrieron en su interior un macho cabrío de pelo negro y ojos verdes penetrantes que aterrorizaba. Su mirada espeluznante impidió que se acercaran. Igualmente, les embistió y tuvieron que huir con su cuerpo lleno de magulladuras y perdiendo todo su botín.

A su regreso al poblado donde se celebraban los esponsales, todos nos alarmamos viendo a estos tres personajes regresar heridos de sus fechorías. Lo cierto es que nadie quería a estos tres individuos por su carácter anodino y falta de transparencia.

La celebración continuó todo el día, comimos, bailamos, bebimos, hasta la saciedad. Nunca en mis trece años de vida había visto algo tan divertido. Regresamos a nuestra aldea con la caída del sol.

¡Oh!, por cierto, ¡que descuido!, aún no me he presentado... Me llamo Vera. Mi nombre me lo puso mi abuela que dijo haber tenido un sueño premonitorio de algo muy bello que llegaría en el futuro.

POESÍA

PRIMER PREMIO ADULTO

“PATRIA”

Andrés Soler Martínez. Pseudónimo: asolmar

Soy fuego del desierto,
arena movida por el viento,
lagartija de casas blancas,
y la erosión del tiempo.

Soy tierra de árabes,
de cien otoños al atardecer
y una sola primavera,
para así volver a nacer.

Soy flamenco y guitarras,
gargantas desgarradas,
cortezas de olivos
y burdeos en la montaña.

Soy la miel de mis entrañas
y la sal de mis raíces.
raíces por el mar besadas
que hacen sanar mis cicatrices.

Soy pirata del Mediterráneo
y hogar para el vagabundo
soy la casa del nómada
y la brújula del marinero.

Soy del color de la luz
y el olor del azahar.
Soy el corazón y la razón,
vejez y juventud,
esclavitud y libertad.

Soy todo lo que soy
y todo lo que quiero ser,
y sobre todo, sé que seré
todo lo que nunca fui.

Asolmar

SEGUNDO PREMIO ADULTO

DUALIDAD

Isabel Navarrete Sánchez. Pseudónimo: Bipolar

Exudo perlas de sangre,
vivo de gozos prestados.

El mañana es incierto,
el presente un tormento.

Tormento que pide cambios,
un vaivén exasperado.

Mira la queja airosa,
grita harto silenciosa.

Y ese arroyo me acongoja
y las nubes llueven penas
y una gota me cubre
y a esa lumbrosa lumbre.

Deshojo la margarita,
hada de rayos de sol.
Mato una bella flor,
sin piedad, con dolor.
Qué suerte el decir ahora,
que ya todo eso pasó,
que viene el sol mañana,
avisa la campana.

El gozo llama a mi puerta
y le abro con diligencia.
Trae una nueva buena,
que ya acabó mi pena.

Pena diluida en el aire.
La tristeza en ese arcón.
Limpio presta la casa.
Mal aciago no pasa.

Y el infortunio se aleja
y el mar aviva su baile
y la dicha se baña
y nadie se ensaña.



